



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2022

Isaac Rosa

Lugar seguro





64 Premio
Biblioteca
Breve

La presente convocatoria del Premio Biblioteca Breve ha transcurrido en su totalidad en el marco de la pandemia, desde que se inauguró en febrero de 2021 durante la rueda de prensa en que se hizo público el fallo a favor de *Trigo limpio*, la excelente novela de Juan Manuel Gil, hasta el cierre de la recepción de manuscritos, el pasado día 1 de octubre. Ha sido un año difícil, retador y vertiginoso en el que todo el sector editorial, especialmente los formidables libreros, ha dado un paso de gigante para adaptarse a un entorno en constante cambio, en el que la única certeza ha sido la incertidumbre, además de la constatación de que el libro sigue siendo para todos nosotros, los lectores, un lugar en el que refugiarnos.

Desde Seix Barral agradecemos la participación de los casi novecientos autores que han enviado sus novelas. Con una tendencia al alza en los últimos años, en esta edición ya podemos confirmar que la participación electrónica ha sustituido casi por completo al clásico envío por correo postal. El email sigue ampliando las fronteras, y si este año nos han llegado originales de lugares tan alejados como Jamaica, Israel, Rusia o Australia, la gran mayoría siguen procediendo del territorio nacional (la mitad de los presentados proceden de alguna región española), seguido de Latinoamérica (casi un tercio de los presentados). Respecto a las temáticas y géneros de los manuscritos recibidos, aunque prevalece la autoficción en distintas formas, es llamativo el incremento una vez más de la novela negra; el ascenso de la distopía, la fantasía y la ciencia ficción, y la irrupción de la novela de crítica social o satírica en el marco del entorno laboral. También la inclusión de personajes o temáticas LGTBI+ en las tramas.

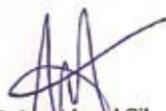
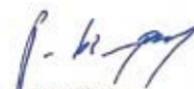
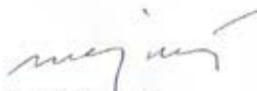
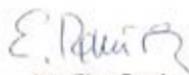
A lo largo del último año he intercambiado reflexiones con autores, periodistas, libreros y amigos del sector acerca de cómo puede afectar todo lo que estamos viviendo a las obras de creación que están por venir. Y creo que ya es palpable cómo la ficción busca reflejar la necesidad de ordenar un mundo imprevisible, la importancia de un cambio social y laboral y la toma de conciencia ante la insostenibilidad del modo de vida actual. La novela ganadora de este año, *Lugar seguro*, de Isaac Rosa, hace gala de una fina ironía para mostrar cómo el miedo va calando en nuestra vida cotidiana, mientras parte de la población se resiste a esconderse bajo tierra, en una militancia colectiva que no pasa necesariamente por las instituciones. Una gran novela, de un narrador que se ha especializado en contar de forma magistral el tiempo en que vivimos. Un gran premio que, no me cabe ninguna duda, dará mucho sobre lo que conversar, y ofrecerá un lugar seguro a innumerables lectores.

Premio Biblioteca Breve 2022
Acta del Jurado

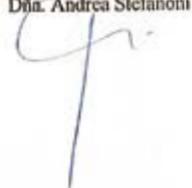
Reunido el 18 de enero de 2022, el Jurado del Premio Biblioteca Breve correspondiente a 2022 integrado por las siguientes personas:

D. Juan Manuel Gil
D. Pere Gimferrer
D. Benjamín Prado
Dña. Elena Ramírez
Dña. Andrea Stefanoni

ha acordado, después de las deliberaciones correspondientes, conceder por unanimidad el Premio Biblioteca Breve 2022, dotado con 30.000 euros, a la novela *Lugar seguro*, presentada bajo el seudónimo de Segismundo García (seudónimo), que una vez abierta la plica ha resultado ser ISAAC ROSA


D. Juan Manuel Gil
D. Pere Gimferrer
D. Benjamín Prado
Dña. Elena Ramírez

Dña. Andrea Stefanoni



«Isaac Rosa hace un retrato genial de tres generaciones de granujas de una misma familia que se aprovechan de las grietas del sistema en su propio beneficio. Una novela que atrapa e incomoda y que refleja desde la ironía y la controversia el momento de incertidumbre de la sociedad actual.»

Jurado del Premio
Biblioteca Breve
2022

Juan Manuel Gil
Pere Gimferrer
Benjamín Prado
Elena Ramírez
Andrea Stefanoni



MANUSCRITOS PRESENTADOS



TEMÁTICAS



17,7 %

Biografías, novelas de autoficción o diarios personales



15,96 %

Sagas familiares o novelas sobre relaciones padre, madre e hijos



13,98 %

Policías, negras o thrillers



8,73 %

Crítica social (política, mundo laboral e inmigración)



10,02 %

Románticas o eróticas



13,05 %

Fantasia, distopías/ucronías o de ciencia ficción



8,04 %

Históricas (incluida guerra civil)



3,61 %

Aventuras (incluye westerns)



2,91 %

Superación personal o autoayuda



1,28 %

Confinamiento/coronavirus



2,09 %

Identidad o género



2,56 %

Rural, el costumbrismo o la naturaleza



ESPAÑA, POR COMUNIDADES AUTÓNOMAS



LA NOVELA



A la venta el 9 de marzo de 2022

 Seix Barral

Cód.: 10294648 / ISBN: 978-84-322-3983-0 / 312 págs.
13,3 x 23 cm / Rústica con solapas / PVP: 19,90 €



9 788432 239830

Sinopsis

Segismundo García es un comercial venido a menos que cree haber encontrado el negocio de su vida: la venta y construcción de búnkeres *low-cost* dirigidos a las clases más humildes, en un momento en que la instalación de refugios en viviendas de clase alta se ha convertido en tendencia y los más ricos se dedican a protegerse y prepararse para futuros desastres. Lugar Seguro es el nombre de la empresa porque es eso lo que ofrece a sus clientes: un boleto ganador, un sálvese quien pueda, la única posibilidad de sobrevivir al temido colapso global.

Pero Segismundo no está en su mejor momento personal ni económico. Ha levantado un castillo de naipes que en cualquier momento se puede venir abajo y tiene una relación problemática con su padre y con su hijo. Su padre, también llamado Segismundo García, fue a parar a la cárcel envuelto en el escándalo de la quiebra de un turbio negocio de clínicas dentales *low-cost*. Salió de prisión por demencia senil, pero antes de perder la cabeza le confesó a Segismundo que tenía escondida una gran cantidad de dinero en un lugar seguro. Por su parte, su hijo adolescente, Segis, sigue los pasos «emprendedores» de la familia y monta todo tipo de chanchullos para ganar dinero fácil. El último, un negocio de apuestas en pleno instituto, se le ha ido de las manos. Tres generaciones de pillos, tres generaciones de Segismundos, obsesionados con el ascenso social, pero que se estrellan una y otra vez.

Ambientado en un futuro muy próximo, *Lugar seguro* se desarrolla en tan solo 24 horas, en las cuales el lector acompaña al protagonista en la búsqueda de un tesoro escondido. En su recorrido veremos un mundo polarizado por el miedo que se parece mucho al nuestro y en el que, frente a la explotación de la inseguridad ciudadana, también han surgido diversos movimientos activistas que creen que otro mundo es posible a partir de nuevas formas de organización colectivas basadas en el cuidado mutuo, la reconstrucción comunitaria y otras formas de trabajar y consumir. Una posibilidad de cambio social que el protagonista ve con escepticismo e incluso con cinismo y que plantea al lector un reto en una época en que las únicas ficciones futuristas son invariablemente apocalípticas: ¿puede la ficción imaginar un futuro que no sea distópico?

Las claves de *Lugar seguro*

Una novela picaresca del siglo XXI

Lugar seguro está protagonizada por tres personajes, tres generaciones de Segismundos García miembros de una misma familia (abuelo, padre e hijo), tres buscavidas acostumbrados a ganarse el pan con negocios turbios, estafas y todo tipo de tretas al margen de la ley. El narrador de la novela, Segismundo García, ha creado una empresa llamada Lugar Seguro dedicada a la construcción y venta de refugios a precios asequibles donde los ciudadanos puedan prepararse para el fin del mundo (llamados, claro, lugares seguros). Pero en realidad sobrevive en un equilibrio bastante precario, gracias a los adelantos aportados por sus confiados clientes, mientras espera que algún banco le conceda el préstamo que le permita poner en pie su ambicioso proyecto. Su padre, también llamado Segismundo García, el Primero, el fundador de la saga, fue condenado hace años por una estafa de la vieja escuela: montar una red de clínicas dentales *low-cost* llamadas *Sonríe!* que terminó en pufo, escándalo mediático incluido, y con el consiguiente descontento de miles de clientes a los que dejó literalmente con media sonrisa. El último de esta estirpe de pillos es Segis, el hijo del narrador, que representa una suerte de granuja 2.0, un chaval que sabe aprovecharse de las oportunidades de las nuevas tecnologías para idear todo tipo de negocios que se mueven por el vacío legal.

Si en la novela picaresca tradicional el motor del protagonista era la promesa de ascenso de clase, el ideal anhelado de poder abandonar su condición de pícaro, el sueño de Segismundo García descansa en el concepto de «ascensor social»: vive con la esperanza de que, ya sea con trabajo o bien gracias a un golpe de suerte, él y su familia abandonen definitivamente la clase humilde de la que proceden y así puedan acceder a los privilegios asociados a la clase media-alta: buena educación, chalet en las afueras, un bienestar doméstico y omnipresente. Como le dice el protagonista en un momento dado a su padre, están en el buen camino para dejar de ser unos Garcías del montón:

«Mira la progresión: tú no pudiste estudiar, yo sí pero en un centro público, y Segis va al colegio de los niños triunfadores. La especie mejora. Siempre hacia arriba. El ascensor social, ¿te acuerdas? Cómo te gustaba a ti esa expresión. La oíste y la hiciste tuya. ¡El ascensor social!».

Una novela que se desarrolla en 24 horas, en una búsqueda frenética por un tesoro muy particular

Lugar seguro se desarrolla en 24 horas, a lo largo de un día en la vida de Segismundo García. Y lo hace a través de un monólogo torrencial que el protagonista de la novela dirige a su padre al anochecer, en un recuento de todo lo que ha sucedido durante su peculiar jornada laboral. En una estructura que recuerda al relato *El nadador*, de John Cheever, que narra un día en la vida de un hombre que atraviesa el vecindario sumergiéndose en todas las piscinas mientras va camino de su casa, Segismundo va de búnker en búnker, visitando sótanos, trasteros, cocheras y otros lugares elegidos por sus futuros clientes para construir sus lugares seguros, lo que le sirve para hacer una radiografía de las motivaciones y perfiles de cada uno de ellos.

Pero en realidad hay algo más que quita el sueño a Segismundo. Antes de que su padre entrara en la cárcel debido al caso de las clínicas dentales, este le confesó que había escondido una importante cantidad de dinero en «un lugar seguro», si bien se guardó muy bien para sí mismo dónde tenía enterrado su particular tesoro. «Me gusta esa imagen del tesoro enterrado», le confiesa Segismundo a su padre en un momento de la novela. El problema es que el pobre viejo sufre ahora de demencia y cualquier intento de sacarle algún tipo de información es en vano. Y Segismundo no se fía un pelo de él: ¿ha perdido su padre la cabeza o solo está fingiendo, esperando el momento adecuado para abandonar su casa y huir con el dinero? No hay día que pase que no mire esa cara bobalicona, esa mirada perdida, y no piense que su padre está haciendo teatro, está representando el papel de su vida.

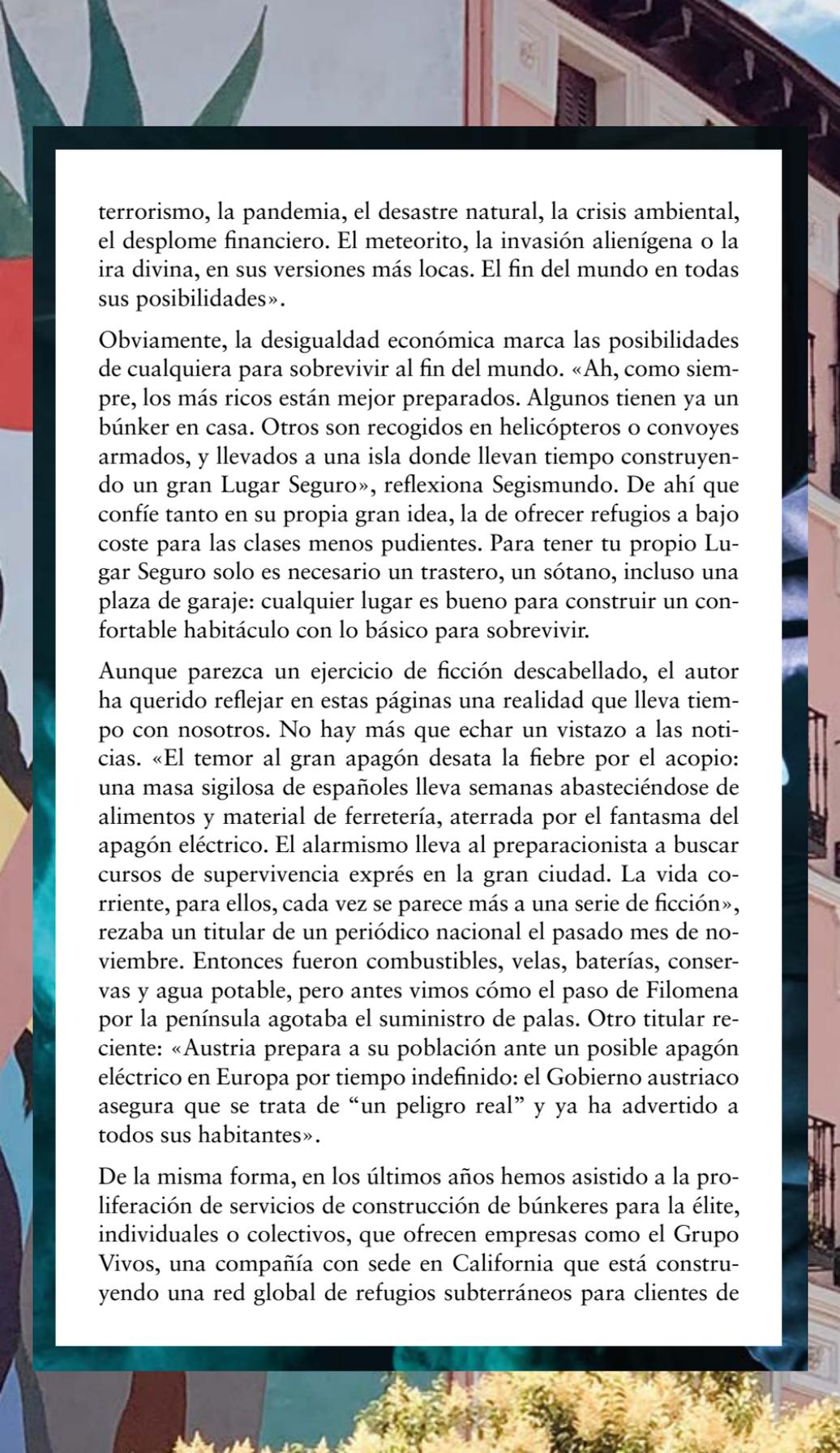
Para salir de dudas, Segismundo tiene un plan. Ha indicado a Yuliana, la mujer que cuida de su padre a tiempo completo, que deje salir al anciano cada vez que lo pida, y que se limite a acom-

pañarle por sus paseos sin rumbo a lo largo de la ciudad. Quizá en un momento de lucidez, el viejo los lleve allí donde esconde el dinero. El «buen hijo» se ha preocupado además de colocarle un reloj con localizador, para saber dónde está en cada momento. Así no hay forma de que escape.

Si el mundo se acabara, ¿tú qué harías?

Lugar seguro es una novela sobre la reciente obsesión por el fin del mundo y la mercantilización del miedo y la inseguridad. Inmersos como estamos en una pandemia, y tras episodios recientes como la ola de incendios causados por el cambio climático o la irrupción de un pavor primitivo que creíamos superado, como es la erupción del volcán de La Palma, la idea de que una desgracia inminente puede poner fin a la sociedad está más presente que nunca. Este es el contexto temporal y social que explota *Lugar seguro* y también el propio Segismundo, que vende sus refugios animado por la misma cháchara con que hoy en día se publicitan alarmas antirrobo en televisión, asustando a sus clientes potenciales con un futuro repleto de amenazas globales (terrorismo, virus, desastres naturales, desórdenes sociales y el cambio climático) para las cuales solo hay una salida: sálvese quien pueda, constrúyase un refugio para estar a salvo, aunque el resto del mundo se venga abajo.

Quien mejor representa este miedo en la novela son los prepas, apelativo con el que el narrador denomina a aquellos ciudadanos que viven obsesionados con estar preparados para el peor escenario imaginable. Gente que, ante una amenaza de colapso, corre a almacenar alimentos imperecederos y otros bienes de primera necesidad. Como explica Segismundo, que los conoce bien porque son sus mejores clientes, «los prepas, como su nombre indica, están preparados, llevan mucho tiempo preparándose. ¿Para qué? Ellos sí podrían responder a la embarazada incrédula de esta mañana: preparándose para sobrevivir. Survivalistas. ¿Sobrevivir a qué? Se preparan, no para un colapso, unos disturbios, otra Semana Caliente, sino directamente para el apocalipsis. Sí, el apocalipsis, en cualquiera de sus formas, todas ya asomadas como anticipo y advertencia en los últimos tiempos: la guerra, el

The background of the page features a colorful illustration. On the right side, there is a building with a red facade and a dark roof. On the left side, there are green leaves and a red vertical stripe. The entire scene is framed by a black border.

terrorismo, la pandemia, el desastre natural, la crisis ambiental, el desplome financiero. El meteorito, la invasión alienígena o la ira divina, en sus versiones más locas. El fin del mundo en todas sus posibilidades».

Obviamente, la desigualdad económica marca las posibilidades de cualquiera para sobrevivir al fin del mundo. «Ah, como siempre, los más ricos están mejor preparados. Algunos tienen ya un búnker en casa. Otros son recogidos en helicópteros o convoyes armados, y llevados a una isla donde llevan tiempo construyendo un gran Lugar Seguro», reflexiona Segismundo. De ahí que confíe tanto en su propia gran idea, la de ofrecer refugios a bajo coste para las clases menos pudientes. Para tener tu propio Lugar Seguro solo es necesario un trastero, un sótano, incluso una plaza de garaje: cualquier lugar es bueno para construir un confortable habitáculo con lo básico para sobrevivir.

Aunque parezca un ejercicio de ficción descabellado, el autor ha querido reflejar en estas páginas una realidad que lleva tiempo con nosotros. No hay más que echar un vistazo a las noticias. «El temor al gran apagón desata la fiebre por el acopio: una masa sigilosa de españoles lleva semanas abasteciéndose de alimentos y material de ferretería, aterrada por el fantasma del apagón eléctrico. El alarmismo lleva al preparacionista a buscar cursos de supervivencia exprés en la gran ciudad. La vida corriente, para ellos, cada vez se parece más a una serie de ficción», rezaba un titular de un periódico nacional el pasado mes de noviembre. Entonces fueron combustibles, velas, baterías, conservas y agua potable, pero antes vimos cómo el paso de Filomena por la península agotaba el suministro de palas. Otro titular reciente: «Austria prepara a su población ante un posible apagón eléctrico en Europa por tiempo indefinido: el Gobierno austriaco asegura que se trata de “un peligro real” y ya ha advertido a todos sus habitantes».

De la misma forma, en los últimos años hemos asistido a la proliferación de servicios de construcción de búnkeres para la élite, individuales o colectivos, que ofrecen empresas como el Grupo Vivos, una compañía con sede en California que está construyendo una red global de refugios subterráneos para clientes de

alto nivel adquisitivo. Según informaba *The New York Times* en 2020, tras el coronavirus, las ventas de refugios aumentaron un 400 por ciento.

Una propuesta concreta por lo colectivo

Frente a los prepas, que creen firmemente en el individualismo y el sálvese quien pueda, *Lugar seguro* da voz a otro movimiento social, completamente opuesto, que considera que para sobrevivir, no ya a un colapso social, sino a un día a día marcado por las cada vez más evidentes consecuencias de un estilo de vida insostenible, es necesario recuperar la idea de comunidad, valores como la solidaridad y la fraternidad o la creación de redes de apoyo mutuo y cuidados y un modo de vida ecológicamente viable. Son los que Segismundo llama, con su cinismo característico, *botijeros*, de quienes critica muchas soluciones «buenistas» características de cierta izquierda ingenua. Este distanciamiento del protagonista permite al autor escribir una novela con los pies en el suelo, alejada de maniqueísmos y dogmatismos, que no quiere aleccionar al lector sino poner sobre la mesa una evidencia: estamos ante una crisis compleja, social, climática y de valores, de la que solo saldremos si cooperamos y trabajamos en comunidad.

Frente a un protagonista como Segismundo, cegado por su propia incapacidad de ver más allá de sus narices, la novela presenta un elenco de personajes femeninos que representan una realidad más luminosa y esperanzadora: la sociedad de los cuidados representada en Yuliana, emigrante y trabajadora doméstica al cuidado del padre dependiente; Mónica, la exmujer de Segismundo, que ha decidido renunciar a su posición acomodada para pasarse al activismo ecomunal, o Gaya, parte de un voluntariado militante que opera a pie de calle para dinamizar y recuperar barrios marginales. También en este caso, ni la mejor ficción es capaz de superar la realidad: todos los proyectos descritos por el autor conviven actualmente en barrios de nuestras ciudades gracias a ciertos colectivos.

Ni distopía ni apocalipsis: otro futuro es posible desde la ficción.

¿Es posible imaginar un mañana que no sea distópico? ¿Cabe mirar adelante sin temor, sin esperar que todo vaya a peor? Am-

bientada en un futuro cercano marcado por la desigualdad, la crisis climática y la incertidumbre, *Lugar seguro* es un intento desde la literatura por proponer un futuro más allá del miedo y la resignación, uno donde haya sitio para la esperanza. *Lugar seguro* no es una utopía, pues está construida a partir de realidades ya existentes hoy, y tampoco quiere eludir sus contradicciones y límites; es más bien una antidiutopía.

Como reflexiona el autor, con esta novela quería comprobar «si la ficción puede imaginar un futuro que no sea distópico. En los últimos tiempos, las únicas ficciones futuristas son invariablemente apocalípticas, todo va a ir a peor: siempre vemos sociedades autoritarias, con fuerte control tecnológico, más desigualdad, catástrofes ambientales, y ahora también pandemias. Esta novela es un intento por ficcionar un futuro cercano donde no estamos peor y aparece una posibilidad, todavía tímida pero esperanzadora, de cambio y de mejora. Y construido con elementos reconocibles, del ahora, nada fantásticos: experiencias y proyectos comunitarios que ya existen, aunque sean pequeños, y que tal vez podrían crecer y generalizarse.

Lugar seguro en la obra de Isaac Rosa

La pandemia nos ha hecho más conscientes que nunca de que nuestro modo de vida es insostenible. La incertidumbre social que estamos viviendo ha evidenciado problemas que preferíamos ignorar hasta ahora (el cambio climático, la desigualdad social, la precariedad laboral, el consumismo irresponsable, los movimientos migratorios...) y que se nos presentan transformados en la terrible amenaza de un colapso social inminente. Y solo un escritor como Isaac Rosa podía salir airoso de la tarea de hacer literatura con un material como este. Acostumbrado a tratar asuntos tan reales como la desigualdad social, el entorno laboral, la memoria histórica o cómo los condicionamientos económicos empapan la realidad cotidiana de las familias españolas, Rosa es un escritor exigente con la forma de cada una de sus novelas y que sabe manejar la profusa documentación propia de un ensayo desde los hilos de la ficción.

ISAAC ROSA

Nació en Sevilla en 1974. Ha publicado las novelas *La malamemoria* (1999), posteriormente reelaborada en *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!* (2007), *El vano ayer* (2004), que fue galardonada en 2005 con el Premio Rómulo Gallegos, el Premio Ojo Crítico y el Premio Andalucía de la Crítica; *El país del miedo* (2008), reconocida por los editores con el Premio Fundación J. M. Lara como mejor novela del año; *La mano invisible* (2011), *La habitación oscura* (2013), Premio Cálamo, y *Feliz final* (2018), todas ellas publicadas en Seix Barral. Columnista de prensa, es también autor de guiones de cómic, novelas juveniles y libros de relatos, entre los que destaca *Tiza roja* (Seix Barral, 2020). Su obra ha sido traducida a varios idiomas y llevada al cine en tres ocasiones.



64 Premio
Biblioteca
Breve



Entrevista

Lo primero que le llama la atención al lector de *Lugar seguro* es la voz de Segismundo García, el protagonista. Un tipo cínico, irónico y descreído, lo que se viene llamando en los últimos tiempos «un cuñado». ¿Por qué decidiste que la novela sería narrada desde este punto de vista concreto y qué te ha permitido explorar como escritor?

Segismundo es todo eso y, además, un resentido lleno de rencor social en tanto que desclasado y caído en desgracia. Ese narrador era imprescindible, ya que *Lugar seguro* pretende ser una mirada al futuro próximo, a pocos años vista, pero huyendo del habitual acercamiento distópico. No quería irme al extremo contrario, a la utopía, sino más bien escribir una antidistopía: contar un futuro en el que, sin haber desaparecido los actuales problemas, incluso agudizándose algunos, sí se abre paso una posible alternativa que no conduce al abismo, que hasta podría mejorarnos la vida. Y para contar algo así, sin ser ingenuo ni caer en lo panfletario, la mejor estrategia era que el narrador y protagonista fuese distópico: alguien que narra en negativo, menospreciando, ridiculizando y caricaturizando a quienes intentan transformar la realidad. Además, un narrador así, hostil al cambio, permite señalar las debilidades, contradicciones y límites de cualquier intento transformador; actúa como abogado del diablo, y a menudo acierta. Si Segismundo es un cuñado, no deja de ser el cuñado que todos llevamos dentro y que, ante propuestas como las que aparecen en la novela, hace acomodarnos en ese mismo cinismo y descreimiento.

Segismundo García es también un tipo sin escrúpulos a la hora de explotar los miedos de la gente corriente. ¿Es esta una novela sobre cómo en los últimos años hemos «normalizado» el miedo al fin del mundo, en parte porque eventos como la pandemia o el cambio climático nos han hecho pensar que lo que antes era extraordinario ahora es plausible?

Hace solo cuatro meses una noticia poco clara sobre un hipotético apagón en Austria agotó en nuestras ferreterías las existencias de linternas y hornillos de camping gas. Parece una anécdota, pero representa bien el estado de ánimo colectivo, marcado por una incertidumbre que es anterior al coronavirus, y un catastrofismo que la pandemia ha terminado de confirmar: la sensación de vivir a merced de cualquier desastre inminente y la verosimilitud de cualquier tipo de calamidad. A ello contribuye toda esa ficción audiovisual y literaria que se recrea en futuros apocalípticos y nos instruye en el sálvese quien pueda: si



llega el desastre, ya sea climático, vírico, nuclear, extraterrestre, zombi o con meteorito, lo mejor es tener un agujero donde esconderte y una pistola. Segismundo se dedica a vender búnkeres baratos con la misma estrategia comercial con que hoy nos venden alarmas para el hogar. Y, sin embargo, ahí tenemos las consecuencias de la pandemia: no nos hemos matado, no ha habido caos ni saqueos, sino todo lo contrario: paciencia, responsabilidad, empatía, solidaridad y formas espontáneas de ayuda mutua. Lo mismo que ha ocurrido a lo largo de la historia en tantos momentos de catástrofe, como recuerda Rebecca Solnit.

¿Querías huir, en particular, de hacer una novela panfletaria? Más que señalar a unos y otros como buenos y malos, o de aleccionar al lector, la novela expone la complejidad de muchos debates actuales, como el cambio climático.

Sí, por eso la importancia de ese narrador a la contra, que señala e incluso exagera los problemas a que se enfrentaría cualquier intento de transformación social, o la resistencia que nosotros mismos ya mostramos ante propuestas frente a la emergencia climática que inevitablemente afectarán a nuestro modo de vida. Sea de forma ordenada o impuesta por las circunstancias, lo cierto es que estamos abocados a importantes transformaciones que no serán fáciles y sin un cambio profundo de mentalidad encontrarán mucha resistencia. Ya hemos visto la respuesta cuando alguien sugiere limitar los viajes en avión o el consumo de carne, y eso solo es el principio. Como dice Segismundo, ve y dile tú a la gente que se olviden del sueño de ir de puente a Nueva York. Aunque la mayoría nunca vaya a tener posibilidad de hacerlo, quieren mantener ese sueño y muchos otros que tal vez no sean ya sostenibles.

Pero sí que es una novela que cree radicalmente en la esperanza y que apuesta por la colaboración y por la necesidad de hacer concesiones para cambiar las cosas, porque lo que está claro es que un futuro mejor no es compatible con seguir viviendo como lo hemos hecho hasta ahora...

Toda propuesta que haga viable el futuro, viable en términos ecológicos y sociales, pasa por replantear necesidades y deseos que hoy son insostenibles. Vivir con menos, por decirlo con todas las letras, aunque habitualmente usemos giros y eufemismos. De lo que se trata es de que ese vivir con menos se convierta en vivir mejor con menos. Nada fácil.

Pero tampoco hay alternativa mejor. Y yo me niego a aceptar el colapso, la resignación y el sálvese quien pueda, o que la crisis climática nos acabe llevando a alguna forma de ecofascismo. Porque no es tarde. No tenemos mucho tiempo, es urgente, pero todavía estamos a tiempo.

Es curioso, porque todo lo que en la novela parece más descabellado, como las empresas que están haciendo negocio con los búnkeres, está inspirado en la realidad. ¿Qué aspectos de la novela están sacados de la realidad y cuáles son ficción?

Este futuro tan cercano y reconocible de la novela está construido casi en su totalidad con realidades presentes que me he limitado a ampliar. En su aspecto más negativo, como la venta de búnkeres particulares, que ya es una realidad no solo en Estados Unidos, si bien limitado por ahora a rentas altas. Pero también por el lado más optimista: todo aquello que en la novela puede sonar utópico existe ya aquí y ahora, solo que a una escala más modesta. La propuesta que se abre paso en la novela está inspirada en formas de vida comunitaria que algunos ya están poniendo en práctica, aunque sea a pequeña escala: sistemas de generación distribuida de energía que ya funcionan en algunos barrios, pueblos o colegios públicos; formas cooperativas de trabajar, producir y consumir, que hoy son la excepción pero existen; o iniciativas de ayuda mutua, de cuidados y vida comunitaria, que ya aplican muchos colectivos. No solo quería ser realista: sobre todo intento que seamos conscientes de que esas posibilidades transformadoras no exigen un gran esfuerzo de imaginación: están ya aquí. Hay mucha gente trabajando en ese futuro, sin esperar a ninguna revolución.

Es interesante cómo muestras el perfil de tres pillos de tres generaciones distintas que, además, tienen una relación muy particular: a veces está claro que se quieren, otras parece que solo los mueve el interés. ¿Hasta qué punto te interesaba explorar la relación padre-hijo de manera alejada de la estampa tradicional de familia?

Si en la novela hay una distopía, esa es una distopía presente, no futura: la distopía del emprendimiento. Los hombres «hechos a sí mismos», la búsqueda obsesiva del beneficio, la vida en términos de éxito o fracaso. Como los tres Segismundos vienen de abajo y se estrellan una y otra vez, los llamamos pillos; pero cuando triunfan los consideramos «emprendedores», modelos de éxito. Quería contar una saga familiar

en clave empresarial, en la que padres e hijos se relacionan como si se sentasen a la mesa de un consejo de administración. Y hacerlo no desde el retrato habitual de familias poderosas que se desangran shakespearianamente en intrigas, traiciones y herencias, sino mirando a todos esos desgraciados que aspiran a lo mismo pero que se estrellan por abajo sin tanta épica.

En los tres personajes está muy marcado el concepto de ascensor social y hay también cierto rencor de clase. «Todo el mundo sabe que los niños triunfadores vienen ya triunfados de casa», dice Segismundo en un momento. ¿Era importante para ti que la novela estuviera atravesada por la condición social de sus protagonistas?

El rencor de clase es siempre un buen motor narrativo, y la desigualdad creciente nos ha vuelto a todos rencorosos. Esa convicción de que la meritocracia está viciada de origen, que la familia y el patrimonio siguen siendo decisivos y que los mejores puestos no se consiguen en entrevistas de trabajo ni acumulando másteres. Y que la auténtica conciencia de clase es la de quienes más tienen, que son solidarios con los suyos, mientras dejan caer a los desclasados que tropiezan. Segismundo García es un animal herido y ladra su rencor contra el mundo entero.

Otra elección llamativa en la novela es que se desarrolla en 24 horas.

Siempre me han gustado las novelas llamadas «circadianas», esas que concentran la acción en un solo día, intenso y que a la vez funciona como panorama de una vida entera. *Mrs. Dalloway*, claro. Sobre todo tenía en mente aquellas que implican un viaje, una odisea urbana que siempre es interior. El *Ulises* como mejor ejemplo, aunque tenía más presente al nadador de Cheever que intenta volver a casa de piscina en piscina, evocado en la primera línea de la novela.

«Me gusta esa imagen del tesoro enterrado», le confiesa Segismundo a su padre en un momento de la novela. Es esta, también, una novela sobre la búsqueda de un botín enterrado.

Sí, el «lugar seguro» del título no es solo un refugio, un escondite, sino también ese sitio donde ponemos algo valioso a buen recaudo. Como Segismundo, todos tenemos un tesoro por encontrar. Me gusta esa polisemia del lugar seguro y todo ese mundo subterráneo que abre.

Como decías antes, la novela es un intento de demostrar que la ficción puede imaginar un futuro que no sea distópico. En los últimos tiempos, las únicas ficciones futuristas son invariablemente apocalípticas, y todo siempre va a peor. ¿Hasta qué punto querías romper con esta dinámica y ofrecer un futuro cercano, completamente reconocible, donde todavía hay margen de maniobra para mejorar y salir bien parados?

Hace poco supimos que el Gobierno francés había encargado a una decena de escritores y guionistas de ciencia ficción para que anticiparan escenarios futuros de conflicto, y así preparar al ejército ante amenazas inciertas. «Hay que atreverse a pensar diferente, creer en lo imposible, imaginar lo inimaginable», dijo la ministra de Defensa. No era necesario. Le habría bastado ir a una librería o echar unas horas viendo series y películas. La distopía se ha vuelto rutinaria en la ficción y, como tal, inofensiva, una vez desactivada su capacidad de alertar sobre conflictos y miedos presentes. De modo que lo único que consigue es volvernos conservadores: virgencita, que me quede como estoy. El punto de partida del libro, ideado en los primeros meses de pandemia, era ese: ¿podemos imaginar un futuro que no sea distópico? No ya utópico, simplemente que no sea peor que el presente. Es una forma de reapropiarnos del futuro: asumirlo como nuestra responsabilidad, no un guion de Hollywood.

Finalmente, ¿qué papel desempeñan las mujeres en la novela? Da la sensación de que, frente a unos personajes masculinos egoístas y preocupados por el sálvese quien pueda, son ellas las que hablan de cuidados, de ayudarnos unos a otros, de compromiso.

Es intencionado. Los personajes que cuestionan la narración e impugnan la mirada descreída de Segismundo son todas mujeres. Por un lado, quería que la saga familiar fuese de varones: abuelo, padre e hijo, los tres emprendedores, los tres pillos. Y en contraste, tres mujeres, de distintos orígenes y edades, mostrando ese otro mundo posible al que se resisten los muchos Segismundos que nos rodean. Supongo que espero mucho de esa generación de jóvenes, sobre todo mujeres, que hoy se moviliza contra el cambio climático o coloca en el centro de la agenda los cuidados y el cambio de modelo de vida.





Primeras páginas

Desde aquí, en línea recta hacia el sudoeste, podría llegar a mi casa avanzando bajo tierra.

Eso le dije al tipo, asomados a su balcón, señalando por encima de los tejados en dirección al río. Se lo dije como argumento comercial, claro, pero al decirlo me imaginé que de verdad salía de aquel edificio por el sótano y cruzaba media ciudad bajo tierra: no de lugar seguro en lugar seguro, que ya sabes que no son tantos todavía, sino deslizándome por otros sótanos, garajes, túneles, alcantarillas, cuevas enladrilladas, pozos, arroyos entubados, restos arqueológicos por descubrir y estaciones de metro; en perfecta línea recta, atravesando sin esfuerzo muros, cimientos, cableado, tierra compactada y raíces gruesas como quien bucea a ciegas, braceando a ratos y dejándome llevar por una corriente subterránea y caliente, conteniendo la respiración hasta llegar a casa agotado. Agotado y feliz, porque aquel era un pensamiento bonito, tal vez el recuerdo de un sueño.

Desde aquí, en línea recta hacia el sudoeste, podría llegar a mi casa avanzando bajo tierra.



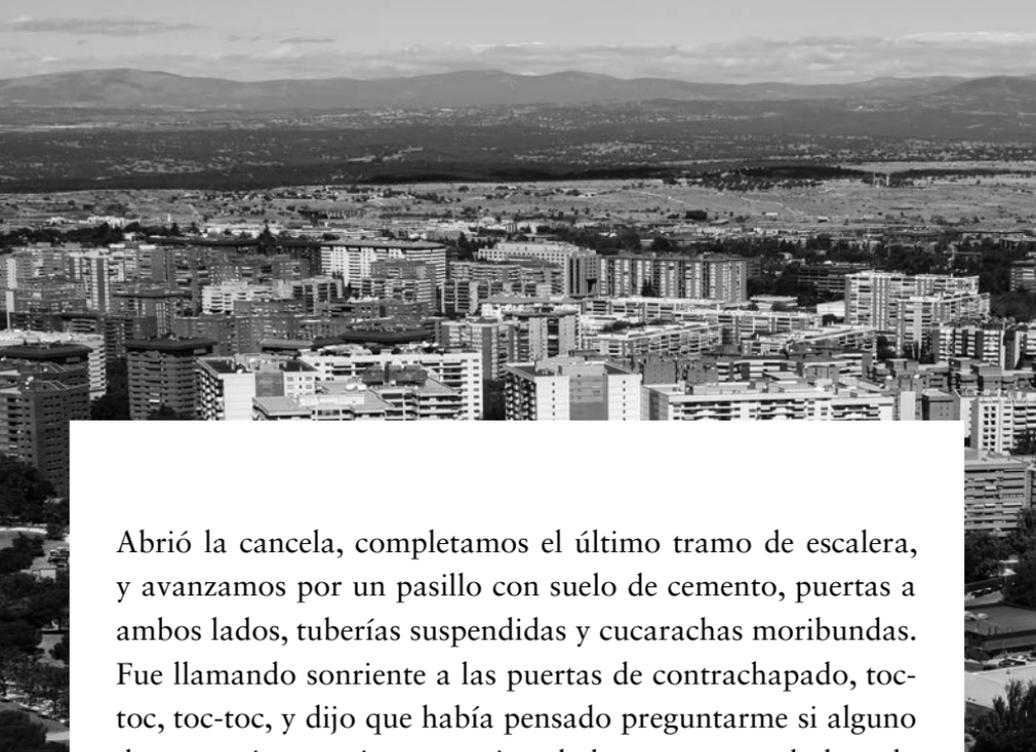
No sabía que ya hubiera tantos, me contestó el tipo, y en su voz levemente impresionada noté que le faltaba un último empujoncito, así que aproveché la intimidad del momento, los dos en el estrecho balcón, hombro con hombro, viendo la ciudad a la primera luz del día.

No lo sabe porque no es un dato público, le dije, y le conté lo de siempre: que la discreción es condición necesaria para que un lugar seguro sea de verdad seguro; que esto no es como poner en la fachada la pegatina disuasoria de una central de alarmas, sino todo lo contrario: nadie debe saberlo. Na-di-e, repetí con severidad; esa es la primera recomendación que *hacemos* —me sale natural ese plural de gran compañía— a nuestros clientes: discreción, reserva absoluta.

Será por eso que no conozco a nadie que tenga uno en su casa, dijo, pero no había sorna sino convicción.

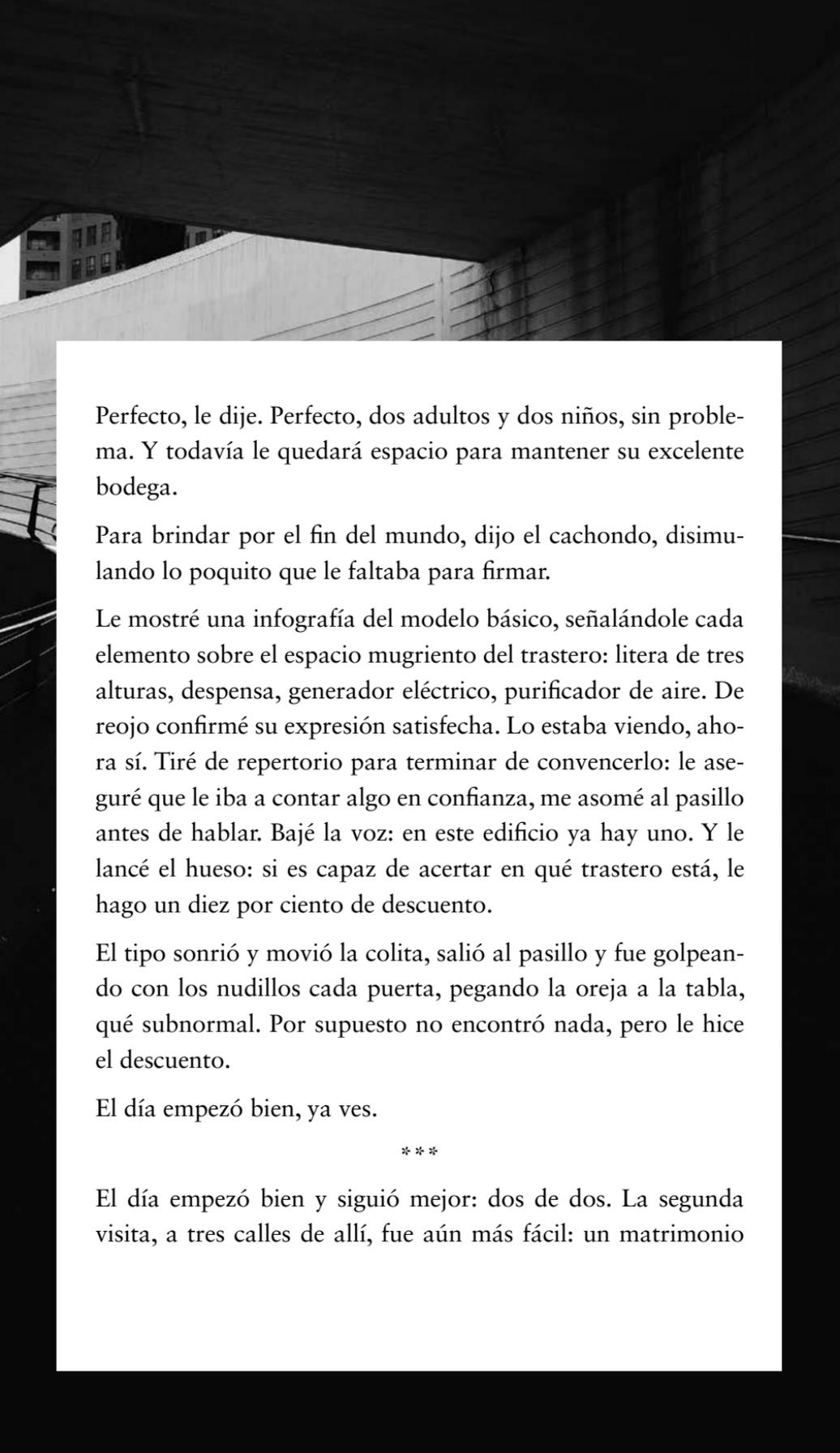
Lo mismo pensarán de usted, le susurré, a riesgo de pasarme en la puesta en escena: lo mismo pensarán de usted, porque tampoco se lo va a contar a nadie, ¿verdad?, insistí para asegurarme de que corriese a pregonarlo nada más despedirme.

Funcionó. Veinte minutos antes no quería ni oír hablar del tema, ni me dejaba entrar en su piso, arrepentido de haberse interesado por la oferta; pero tras la escena del balcón bajamos juntos al trastero.



Abrió la cancela, completamos el último tramo de escalera, y avanzamos por un pasillo con suelo de cemento, puertas a ambos lados, tuberías suspendidas y cucarachas moribundas. Fue llamando sonriente a las puertas de contrachapado, toc-toc, toc-toc, y dijo que había pensado preguntarme si alguno de sus vecinos tenía ya uno instalado, pero que saltaba a la vista que no, que allí no había más que trasteros. ¿Y qué te esperabas, capullo, un portón acorazado y un neón que diga: atención, atención, aquí hay un lugar seguro? No se lo dije así, claro. Le expliqué pacientemente que si contrataba uno para su familia —importante mencionar a la familia repetidas veces—, se lo revestiríamos exteriormente con una puerta barata como aquellas. Cuando sus vecinos bajasen al trastero para deshacerse de la bici estática, no notarían nada.

Liberó un candadito, empujó la puerta hinchada por la humedad y prendió una bombilla escasa. Cuatro de largo, metro y medio de ancho. Eché un vistazo a los bultos polvorientos. Señalé la bicicleta estática arrumbada, bromeamos. Me agaché a mirar los estantes bajos. Otro imbécil que leyó un artículo sobre cómo montar tu propia bodega y ahora espera que el paso de los años haga milagros con sus vinos de supermercado. Acaricié una botella, leí en voz alta la etiqueta y expresé admiración. Saqué el metro para mostrarme activo, anoté medidas, observé con intensidad profesional las tuberías que cruzaban el trastero sobre nuestras cabezas, di un par de tacónazos en el suelo.



Perfecto, le dije. Perfecto, dos adultos y dos niños, sin problema. Y todavía le quedará espacio para mantener su excelente bodega.

Para brindar por el fin del mundo, dijo el cachondo, disimulando lo poquito que le faltaba para firmar.

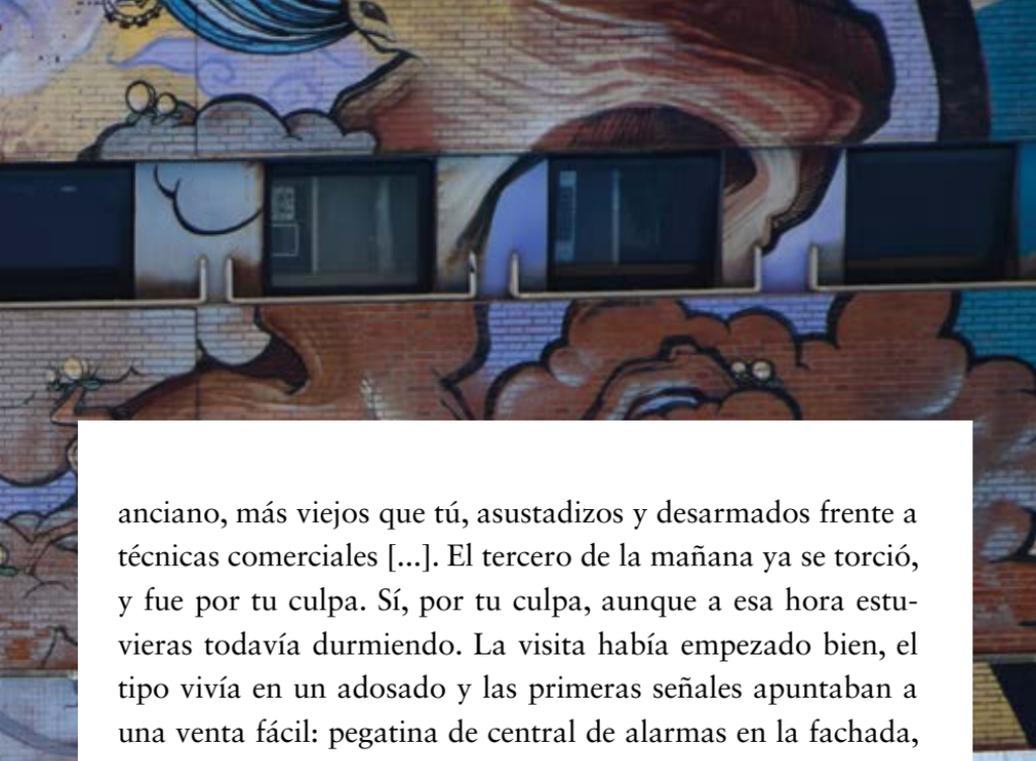
Le mostré una infografía del modelo básico, señalándole cada elemento sobre el espacio mugriento del trastero: litera de tres alturas, despensa, generador eléctrico, purificador de aire. De reojo confirmé su expresión satisfecha. Lo estaba viendo, ahora sí. Tiré de repertorio para terminar de convencerlo: le aseguré que le iba a contar algo en confianza, me asomé al pasillo antes de hablar. Bajé la voz: en este edificio ya hay uno. Y le lancé el hueso: si es capaz de acertar en qué trastero está, le hago un diez por ciento de descuento.

El tipo sonrió y movió la colita, salió al pasillo y fue golpeando con los nudillos cada puerta, pegando la oreja a la tabla, qué subnormal. Por supuesto no encontró nada, pero le hice el descuento.

El día empezó bien, ya ves.

* * *

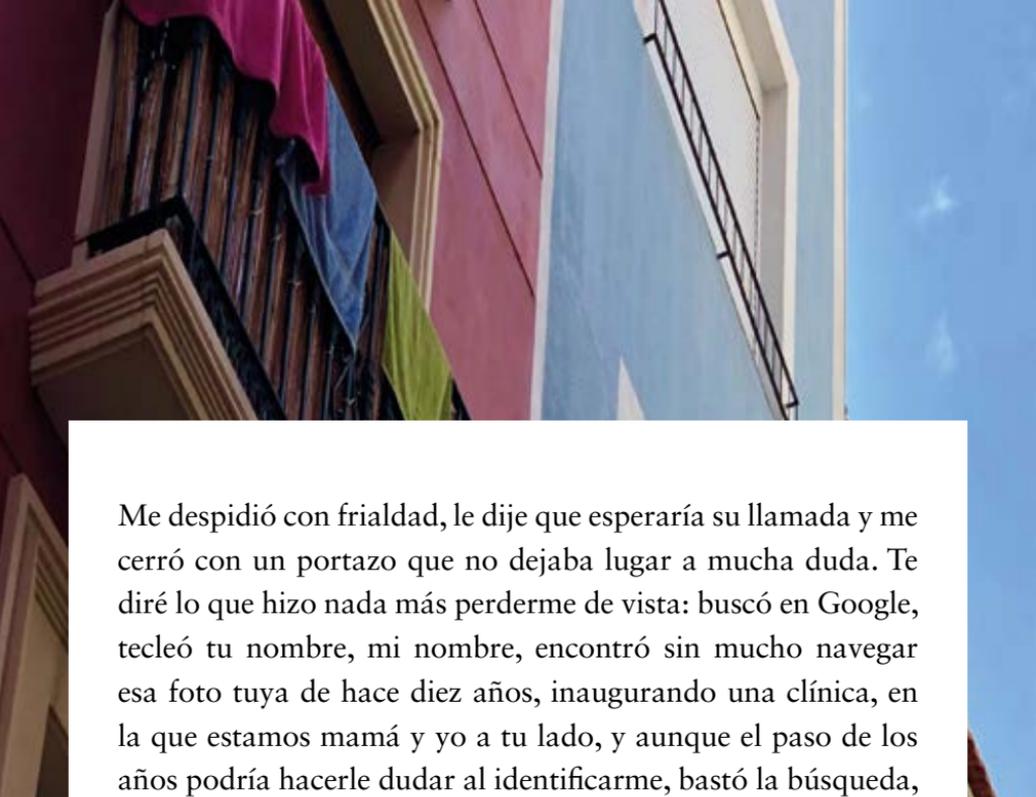
El día empezó bien y siguió mejor: dos de dos. La segunda visita, a tres calles de allí, fue aún más fácil: un matrimonio



anciano, más viejos que tú, asustadizos y desarmados frente a técnicas comerciales [...]. El tercero de la mañana ya se torció, y fue por tu culpa. Sí, por tu culpa, aunque a esa hora estuvieras todavía durmiendo. La visita había empezado bien, el tipo vivía en un adosado y las primeras señales apuntaban a una venta fácil: pegatina de central de alarmas en la fachada, barrotes en el piso superior y una cámara de videovigilancia falsa, una mala imitación, sobre la puerta principal. Esto va a ser rápido, me dije al tocar el timbre. La casa era más bien pequeña pero con una habitación en el sótano que usaban de gimnasio y antiguo cuarto de juegos de los niños ya crecidos. El hombre, de mi edad, insistía en culpar de aquella *ocurrencia* a su esposa, que no estaba presente para confirmar o desmentir la acusación. Su esposa era muy miedosa, su esposa siempre se encaprichaba de tonterías, su esposa era muy influenciable por las modas y los telediarios, su esposa era un poco envidiosa de unos primos que vivían en una urbanización y ya tenían uno, su esposa era muy cabezota y cuando se le metía una idea no había quien se la sacara, su esposa era muy pesimista respecto al devenir del mundo, su esposa veía demasiadas películas, su esposa nunca bajaba a esa habitación porque le daba asco y miedo desde que tuvieron una infestación de cucarachas de esas africanas, así que a ella no le importaba perder ese espacio, que en cualquier caso no lo perderían, simplemente le

añadirían otro uso, él pensaba seguir utilizándolo de gimnasio, ya que su esposa no hacía deporte y además se burlaba de él por insistir en mantenerse en forma. Acabé por dudar no ya de que la decisión fuese en verdad de la esposa, sino de su propia existencia: pensé en un hombre abandonado que se empeña en negar la realidad, y hasta se me pasó por la cabeza la idea de que la mujer estuviese emparedada en aquel sótano.

Le dejé una carpeta con toda la información y quedó en llamarme cuando concretara con su esposa qué modelo y equipamiento instalarían, porque por supuesto él no iba a decidir sin ella, pues a todo lo anterior había que añadir que su esposa era muy intransigente y había impuesto su gusto hasta en la última cortina de la casa. Qué ganas de salir de allí y perder de vista a aquel mal actor de comedia matrimonial. Pero entonces el tipo abrió la carpeta y se fijó en mi tarjeta, enganchada a la solapa con un clip. ¿Segismundo García?, preguntó señalándola, omitiendo el segundo apellido, lo que ya me puso en guardia. Respondí afirmativamente pero, en cuanto vi que el tipo pasaba a un tuteo hostil: ¿eres familia de Segismundo García, el de...?, no le di tiempo a terminar la pregunta: no, yo soy el único Segismundo en la familia. El tipo me miró a los ojos, tamborileando en la carpeta, en la tarjeta con mi nombre. Bajé la cabeza para evitar que se me fuese la mirada a su boca, no quería mirarle los dientes para no delatarme.



Me despidió con frialdad, le dije que esperaría su llamada y me cerró con un portazo que no dejaba lugar a mucha duda. Te diré lo que hizo nada más perderme de vista: buscó en Google, tecleó tu nombre, mi nombre, encontró sin mucho navegar esa foto tuya de hace diez años, inaugurando una clínica, en la que estamos mamá y yo a tu lado, y aunque el paso de los años podría hacerle dudar al identificarme, bastó la búsqueda, la sola duda removiendo el recuerdo, para hincharle una vena de mala hostia que horas después volcaría contra su mujer por la *ocurrencia*. En el mejor de los casos no me llamará más, su esposa y él coincidirán en que de ninguna manera van a contratar nada con un familiar de aquel hijo de la gran puta, y buscarán otra empresa aunque les salga más caro.

Tengo que cambiar las tarjetas. Reducirme a S., o usar el Ortega de mamá y dejar el tuyo en una G., o ni eso, borrado. Segismundo García: ya nos vale, viejo. España se ha tragado muchos millones de Garcías, sin importarle que tuviesen nombres raros como Segismundo con los que sus padres habían pensado singularizarlos. Segismundo García, qué ridículos somos. Debería cambiar las tarjetas o cambiarme el nombre, no sé qué me da más pereza.



64 Premio Biblioteca Breve



Seix Barral

www.seix-barral.es

facebook.com/seixbarral

twitter.com/seix_barral

instagram.com/seix_barral